

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 de marzo de 2019**

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 317-324.

- *Monologo di Giuda*
- *Non son sincera*

Gloria

Abordamos hoy las dos últimas características de la Iglesia: la catolicidad y la apostolicidad. Me ha impresionado que el punto de partida de don Giussani para hablar de la catolicidad sea una constatación, expresada con las palabras de J.H. Newman: «La Iglesia tenía [...] un título de honor que todos concordaban en reconocerle», un título que era evidente y que fue usado prácticamente desde el principio, es decir, el hecho de ser «católica». Para que podamos comprender esto con mayor claridad, Newman lo contrapone a las sectas, que por definición eran lo contrario de una realidad católica, al no tener todo el horizonte de la catolicidad. Y citando a san Pablo, dice: «El hereje “se condena a sí mismo”, y la Iglesia no necesitó contra las sectas de los primeros siglos testimonio más claro que el que las propias sectas daban por sí solas, dado el contraste entre ellas y la postura de la Iglesia» (p. 317). En la forma de vivir la Iglesia, cada uno de nosotros testimonia una u otra dimensión –también esto es una constatación–; en nuestro modo de vivir nos ponemos frente a todos con una actitud o con la otra, de modo que no hay que añadir nada, porque es evidente una cosa y la otra. Me asombra esta frase: el «testimonio más claro» era «el que las propias sectas daban por sí solas»: en su forma de presentarse, uno lo está diciendo todo. En su forma de presentarse, la Iglesia y las sectas dicen lo que son. La Iglesia –nos dice Giussani citando siempre a Newman– tomó conciencia de sí misma poco a poco. Me asombra cómo lo expresa: «El rasgo distintivo» de la Iglesia era en primer lugar esa singularidad –su catolicidad–, experimentada desde los orígenes. Al principio de todo había una experiencia, y la experiencia del origen es la misma que cada uno de nosotros vive ahora. Antes que cualquier otra cosa, la pertenencia a la Iglesia es una experiencia de la que debemos darnos cuenta constantemente. La Iglesia tomaba conciencia poco a poco de esta experiencia, hasta llegar a captar «sus dimensiones esenciales» (p. 317). Esto es fundamental: el recorrido que tuvo que hacer la Iglesia es el mismo que debe hacer cada uno de nosotros, para que nuestra primera experiencia de la Iglesia llegue a ser verdaderamente consciente de todas sus dimensiones esenciales. En caso contrario, nos quedamos con una conciencia débil y por tanto, al vernos frente a las vicisitudes de la vida, podemos reducir la catolicidad, la experiencia de catolicidad. Por eso es importante lo que dice el texto, porque lo mismo que sucedió al principio de la historia de la Iglesia vale también para cada momento de la historia posterior, esa historia que nos ha alcanzado a nosotros y que vivimos, indicando qué distingue una forma completa de vivir la Iglesia de una reducida. Me ha impresionado mucho una persona que, invitada a participar de la vida del movimiento, escribe: «Estaba viviendo una situación difícil. Cuando nació mi cuarta hija y tuvimos que afrontar pequeños problemas de salud, vi cómo cambiaba mi vida de la noche a la mañana. Desde el trabajo hasta la casa. Una situación que se estaba volviendo pesada, me sentía cada vez más sola, quizá deprimida. Una amiga de la parroquia me propuso participar en su grupo de Escuela de comunidad. No sabía para nada de qué se trataba, tenía solo una vaga idea de ello por lo que oía decir, que era negativo; ¿será quizá una especie de secta [enseguida entró en ella la pregunta]? Pero solo el hecho de que me lo propusiese esa amiga me tranquilizaba, y estaba segura de que podía ser un bien para mí». Cada uno de nosotros vive un cierto tipo experiencia que el otro, al conocernos, puede percibir enseguida, también con respecto a la pregunta: ¿Será una secta? Después viene todo el recorrido de la verificación, a lo largo del cual se desvelará de forma más explícita la respuesta a esta pregunta. Prosigue: «Estuve con mi amiga en la Jornada de apertura de curso, sin entender mucho; he tratado de ser fiel al grupo empezando a hablar sobre mí,

escuchando las experiencias de los demás. He estado también en una asamblea de la comunidad. Todavía no sé muy bien qué es CL y qué me reserva el futuro en este aspecto, pero en estos meses me he dado cuenta de que he cambiado. Es como si la “depresión” hubiese desaparecido. Siento que necesito a las personas del grupo, siento que ellos son un regalo para mi vida (aunque compartamos poco o nada de la vida y de nuestros intereses). Durante el día a día, que paso sobre todo con la niña o desarrollando mi trabajo sola, me veo a menudo pensando en ellos [entran en la percepción que tiene de sí misma, aunque no los vea con frecuencia], y esto me conforta y me sostiene. Ya no me avergüenzo de no entender lo que leo porque después, en las intervenciones, en lo que cuentan, se aclara todo el contenido del libro. ¡Me he descubierto a mí misma, he descubierto quién soy [que uno esté participando en una historia que tiene todo el horizonte de la catolicidad se ve inmediatamente por la capacidad que encuentra en ella de responder a la necesidad humana, de llegar descubrirse a sí mismo]! A pesar de todo, mi corazón está mejor y todo lo que hago tiene un sabor distinto [la experiencia le confirma la intuición que había tenido al conocer a esa amiga]. Doy las gracias a mis “amigas” por haberse puesto en mi camino y porque sujetan fuerte ese hilo del que siento que tiran de vez en cuando y que me hace recordar el camino justo». La experiencia de esta mujer no terminó con ese comienzo. A veces, podemos encontrar obstáculos a lo largo del camino que nos retan a profundizar en lo que dice Newman, es decir, para crecer más en la conciencia de los rasgos distintivos de la Iglesia.

Al leer estas páginas de Por qué la Iglesia me surge una duda. Se habla de catolicidad como una de las características intrínsecas de la comunidad eclesial: «La que en el interior de la unidad de la fe [...] se expresa a través de las diversas mentalidades, culturas y civilizaciones» (p. 319). Es una perspectiva apasionante porque lo incluye todo, no elimina nada. Pero la duda que me surge es acerca de la verdad, entre nosotros, de esta experiencia de totalidad y variedad. A menudo me parece que entre nosotros hay reglas implícitas a las que adherirse y sin las cuales no se forma parte realmente del grupo. Como si tuviese que esconder algunos aspectos de mi persona y mostrar solo otros. Entonces me pregunto: cuando caemos en estos pensamientos, ¿qué sucede? ¿En qué estamos cayendo? ¿Es verdad que hay aspectos de mi persona que no pueden ser valorados? Como primera intuición, pensando otra vez en esos momentos en los que me siento fuera de la comunidad y en los que me siento sola, aunque me halle entre mil amigos, me parece que el origen es la percepción que tengo de mí misma: soy la primera a la que no le gusta cómo soy, que no se aprueba, que no se considera adecuada, que tiene la percepción de tener características que no son dignas de aprecio. Esta percepción tiene como primer efecto la tristeza, y en segundo lugar la cerrazón. De aquí brotan después los pensamientos sobre la comunidad: me cierro a mí misma y por tanto, inevitablemente, a los demás. La única forma de volver a empezar ha sido siempre algo imprevisto que me pillara por sorpresa y me impulsara nuevamente. Con el tiempo esa dinámica se ha acelerado cada vez más, porque he empezado a fiarme, a esperar un nuevo comienzo. Sin embargo, entre nosotros hay gente que está cada vez más distante, cada vez menos disponible ante el imprevisto. ¿Cómo podemos ayudarnos en esto? ¿Cómo mirarnos como todos deseáramos, sin límites ni formalidades?

¿Cómo podemos ayudarnos? ¿Qué aprendes tú de lo que has contado? ¿Qué es lo que te ha hecho empezar de nuevo?

Fiarme.

¿Y cuando no encuentras personas de las que fiarte? Es importante comprender esto. Todos tenemos clara la definición de lo que es la Iglesia, pero después hay –como dices tú– como reglas implícitas que hacen que, si no tengo determinadas características, no formo parte realmente del grupo. Es como si faltase todo el horizonte de la catolicidad. Esto significa que muchas veces vivimos la catolicidad, o podemos vivirla en ciertos lugares, con una falta de horizonte. Somos unos pobrecillos y a veces vivimos nuestra pertenencia a la Iglesia con una incapacidad de abrazar al otro según su diferencia y de acoger el momento del camino que está viviendo. Entonces pensamos que tenemos que esconder ciertas cosas para ser acogidos. A propósito de esto, cada uno debe hacer un recorrido. Tú dices que te ha entrado la sospecha de que «el origen es la percepción que tengo de mí misma», una percepción que te ha llevado a cerrarte. Y esto te ha obligado a hacer un camino.

En caso contrario, al final nos dejamos definir por esta percepción, como si la pertenencia a la Iglesia fuese simplemente ser acogidos en un grupo y no la experiencia de pertenecer a algo que me hace ser cada vez más yo mismo. A veces, como dices, es un imprevisto lo que te devuelve nuevamente la conciencia de ti misma, y también a través del trabajo de la Escuela de comunidad puede suceder que reconozcas lo que te ha sucedido en la vida, de modo que estés disponible para recuperar esa conciencia de ti misma. Tienes que ser cada vez más consciente de la experiencia que has vivido para que, cuando te veas en una situación como la que has descrito, no desaparezca la conciencia de lo que te ha sucedido. Debe crecer lo que decíamos antes de la Iglesia: tú has tenido una primera experiencia, pero si esto no llega a ser conciencia de ti, de las dimensiones esenciales de lo que te ha sucedido, dependerás después del hecho de que alguien te acoja o no, de la capacidad del lugar en donde vives la fe de ser suficientemente acogedor. Por el contrario, ¡tú perteneces por el Hecho que te ha sucedido! Y es fundamental que crezca esta conciencia de ti misma, como has visto, pues en caso contrario te reduces a ti misma, no te gustas, y miras a la comunidad a partir de ese malestar y de esa herida. En cambio, volvemos cada vez más al lugar en donde sucede el imprevisto que nos devuelve todo el horizonte que necesitamos. Por eso es interesante que nos demos cuenta no solo del inicio, sino del camino que hay que hacer para que las dimensiones de la vida de la Iglesia entren en nuestro modo de vivir nuestra humanidad. ¿Cómo sabemos que este inicio es tan fundamental para volver a comenzar? ¿Cómo sabemos que estamos encontrando verdaderamente a la Iglesia católica? El texto dice que «la Iglesia reclama para sí la prerrogativa de ser genuinamente humana» (p. 318), pero, ¿qué significa esta humanidad genuina?

Yo lo he descubierto caminando.

Perfecto. Así es como lo descubrimos todos: caminando.

A propósito de esto, quisiera ofrecer un testimonio sobre la catolicidad y después hacerte una pregunta personal. Retomo el texto en la página 318: «La catolicidad es, pues, una dimensión esencial de la Iglesia, y expresa fundamentalmente cómo esta es pertinente al ser humano en todas sus variables expresiones». Considero mi experiencia y miro mi humanidad en una expresión suya que la ha caracterizado radicalmente desde la infancia: la depresión. Para mí es profundamente verdadero: la Iglesia me corresponde perfectamente en esa expresión particular mía que es mi trastorno, hasta el punto de que me ha enseñado a vivirlo y juzgarlo como mi camino particular con y hacia Jesucristo. Las relaciones humanas en las que vivo y la percepción de que tengo un destino bueno último forman parte esencial de mi mejoría. De eso estoy íntimamente seguro, de esa certeza que proviene solamente de una experiencia que ha sido juzgada.

Pero ahora viene la pregunta: a veces tú haces referencia a la nada que en ciertos momentos «nos muerde por dentro». Creo que sabes perfectamente que mi patología comporta la experiencia intensificada e invalidante de esta nada: yo la describiría como sentimiento de pulverización interior, una pérdida del centro de mi persona, un sentido de náusea frente a todas las cosas normales, junto a la agitación, la inquietud, la opresión, el ansia, el pánico generados por estas mismas experiencias interiores de pérdida de uno mismo.

La pregunta que quiero hacerte se basa en el presupuesto de que la experiencia de la nada, tal como la he descrito, es propia también, con una intensidad menor y no invalidante, de quienes, como tú, abrazan católicamente toda su humanidad, sin censurar en ella «ni siquiera una jota», ni siquiera lo que parece ser exactamente lo contrario de esa vida sobreabundante que también experimentamos en la Iglesia. Tú, en el punto del camino al que has llegado, ¿cómo vives los momentos en los que la nada te muerde? No te pido recetas, sino la descripción de tu experiencia, de cómo el camino en la Iglesia y en el movimiento te ha llevado a vivir hoy tu experiencia de la nada.

Lo primero que puedo hacer es amar mi humanidad tal como es, porque mi humanidad puede atravesar periodos, circunstancias o momentos oscuros –quizá no tan agudos como los que tú cuentas–, que no se me ahorran, como has visto en muchas ocasiones. Estas circunstancias, que pueden percibirse como una desgracia, como algo que hay que evitar, como algo que hay que esconder, yo ahora no soy capaz de no mirarlas a la cara. Podrá haber momentos en los que te cueste más o menos, pero hay algo más profundo que todos los trastornos –digámoslo así– invalidantes que uno pueda tener, que todos los momentos en los que la

nada se expande. Precisamente en esos momentos uno se da cuenta de cuál es el fondo de su persona, el fondo más profundo de su yo, en el que se da cuenta de todo el vértigo, de todo el abismo que hay dentro de esta profundidad del yo.

El abismo de vacío...

De vacío, de soledad, de ausencia de significado en lo que hago, en todo, porque no queda nada excluido. A veces tratamos de escapar enseguida, porque creemos que superar cuanto antes esta situación será mejor para nosotros. Pero si uno no huye y deja espacio a ese momento de malestar, a esa dificultad, a ese torbellino, entonces brota con claridad cuál es la profundidad del yo, esa profundidad que está más enraizada en nosotros que toda la superficie de esos momentos y estados de ánimo. Y es en ese punto donde la razón ya no se reduce a registrar solo los momentos más aparentes y empieza a darse cuenta de la profundidad de las cosas. Es el momento en el que uno puede aprender verdaderamente a usar la razón según toda su potencia.

Precisamente en aquello que parecería negar esto.

Me gusta mucho una expresión de Giussani: «Blandir la razón», para que el yo no quede reducido a las apariencias. Recientemente, una amiga me preguntaba en un encuentro qué significa usar la razón. Traté de ayudarla diciéndole que si usa la razón según la totalidad de los factores, según su apertura total, siguiendo la exigencia de darse razones adecuadas de todos los factores del yo, no puede –si la usa bien, si está educada para usarla bien– no llegar a reconocer al Misterio que nos hace. Y cuanto más usas la razón tanto más te abres al Infinito que te hace y te vinculas a Él, y entonces empiezas a salir de la nada. La nada es vencida por mi reconocimiento de Aquel que me hace ahora, de Aquel sin el cual yo no podría existir ahora, con todos mis líos, mis problemas y mi sentimiento X de las cosas. Justamente porque percibo todas estas cosas, existo; si tú no existieses, no podrías percibir todo lo que has descrito. Paradójicamente, cuanto más lo percibo más me doy cuenta de que estoy vivo y de que, por tanto, Otro me hace. Entonces comprendo que la Iglesia me introduce constantemente en la verdad de mi persona. Pero se trata de un camino que uno puede hacer o no: uno puede quedarse en la apariencia, y entonces vence la nada; o bien puede secundar la exigencia de darse razones de todo, y entonces es el momento de la victoria sobre la nada, por el descubrimiento del vínculo con el Misterio que me hace ahora. Por eso me asombra siempre que don Giussani nos invite constantemente a este ejercicio de la razón cuando, al final del capítulo décimo de *El sentido religioso*, dice que en nuestra cultura positivista y racionalista, al usar la razón nos quedamos muchas veces en la apariencia, en fenómenos como los que tú has descrito. Nos bloqueamos ahí y nos ahogamos. El signo de que nos hemos quedado en la apariencia, dice Giussani, es justamente el hecho de que nos ahogamos. Por tanto, ¿cómo sé que estoy usando bien la razón? Si respiro. Si a través de esa situación difícil –no en otra, no mañana, no pasado mañana– entro en relación con Aquel que me hace. Cuanto más uso la razón más soy invitado a usarla a través de las circunstancias, porque no puedo permanecer ahogado (como si esto me correspondiese), porque estoy hecho para otra cosa; y cuanto más me quiero a mí mismo tanto más necesito experimentarlo. Si vosotros no tenéis la urgencia de hacerlo, cada uno de vosotros sufrirá sus consecuencias. Pero si uno tiene un mínimo de amor por sí mismo, de ternura por sí mismo, no puede dejar de desear ir hasta el fondo de su persona, hasta el punto de reconocer a Aquel que le permite respirar. Y esto, como dice Giussani, tiene la capacidad de sanar al yo. Esto no significa que ya no tendrás dificultades, pero es como si esto ya no te asustase, porque puedes desafiarlas una y otra vez. Por eso, «la catolicidad es una dimensión esencial de la Iglesia». ¿Por qué es católica la Iglesia? Porque es pertinente a lo humano, a lo humano en su totalidad, a cada ser humano, en cualquier situación cultural, social, psicológica o de cualquier otro tipo en que el hombre se pueda encontrar. «Que la Iglesia sea católica significa por ello que la verdad y el espíritu de la Iglesia, lo que ella proclama y la experiencia en la que introduce» (p. 318) es esta verdad de uno mismo y de la vida. Ella encierra esta verdad. Lleva a comprender la dimensión humana en su totalidad, no reducida a los factores antecedentes, y esto puede suceder en cualquier situación psicológica, en cualquier cultura y con cualquier mentalidad, porque en la Iglesia católica podemos encontrar el cumplimiento más adecuado de lo genuinamente humano. Y es participando en un lugar como el movimiento donde yo aprendo a vivir así, a percibir que la propuesta de la Iglesia católica, vivida en un lugar como el nuestro, a través del carisma que nos ha alcanzado, es pertinente a

lo humano, a cualquier ser humano, independientemente de la situación en la que esté. Es la razón por la que estoy contento de tener que vivir en esta situación histórica, porque puedo verificar mucho más que si estuviese en un contexto más tranquilo, con menos problemas, el esplendor todavía más potente de la diferencia entre la Iglesia católica y cualquier otra forma de vivir más reducida y más sofocante. Porque esto se ve, lo llevamos escrito en la cara. ¡Qué alivio cuando seguimos, hasta el punto de percibir toda la pertinencia a la humanidad, a cualquier humanidad, que se da en la Iglesia!

En el último encuentro de Escuela de comunidad con el grupo pequeño, intervine porque no era capaz de comprender en la experiencia las conclusiones a las que llegaba don Giussani al final de este capítulo, especialmente la frase que dice que «cada uno de estos rasgos distintivos [unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad] abre de par en par la mente y el corazón para que apaguen su sed con todas las riquezas de lo auténticamente humano que hay en toda la humanidad, cuyo origen es uno, cuyo destino es uno, y cuyos diversos caminos están llamados a transitarse en compañía de ese Uno que ha querido convertirse en don humano para que no nos extraviemos» (p. 324). Entiendo que don Giussani nos pide un trabajo de verificación en la experiencia de lo divino en la Iglesia. Y lo percibo como algo decisivo en este periodo en el que siento con agudeza el reto de las responsabilidades de la vida cotidiana. En el trabajo colaboro con una compañera que está atravesando un momento muy difícil en su vida. Es atea. Desde hace algunos años observa y se pregunta sobre ciertas posiciones y ciertas iniciativas en las que participo. Participó conmigo en la Jornada de recogida de alimentos, y vino conmigo y con su hijo al encuentro de presentación de la exposición de Giancarlo Rastrelli que llevamos al hospital, y me ha pedido que la tenga en cuenta, porque cuando viene conmigo a iniciativas de este tipo se siente bien y está contenta de verme feliz. Hace algunos días me pidieron que la ayudara a preparar un informe urgente que le producía mucha ansiedad, en un momento en que las preocupaciones de la vida cotidiana la están superando. Al final del día me dijo: «Vosotras sois mi Iglesia». Al día siguiente, al presentar el informe a nuestro director, ella le dijo: «Ellas son mi Iglesia». Me acordé de la pregunta que hice en el grupo de Escuela de comunidad y me quedé impresionada, porque es como si me hubiese dado cuenta de que su camino está destinado a reconocer una Presencia que la acompaña hacia un destino bueno y que le permite volver a levantar la mirada, porque en caso contrario, como decíamos hace tiempo, lo cotidiano, especialmente si es pesado, te paraliza. Y es la misma necesidad que tengo yo. Solo que, aunque he reconocido esto, no todo está en su sitio, porque en el trabajo sigue habiendo dificultades, siguen estando los plazos de entrega, las cosas que no van bien en la vida personal. Me doy cuenta de que solo tiene sentido decir cada palabra que digo si reconozco y afirmo que soy yo la primera que tiene necesidad. Y vuelvo a buscar esos «santos» que me testimonian la unidad de su vida en lo cotidiano. Me doy cuenta de que aquí está el valor divino. Menos mal que existe un lugar en el que puedo seguir estando, en el que puedo volver a afirmar mi deseo de felicidad (que es igual a la búsqueda que está haciendo mi compañera), porque no hay nada que yo pueda «hacer bien» sin este reconocimiento, ni siquiera mis buenas intenciones o mis intentos de perfección.

¿Por qué esta compañera te dice: «Vosotras sois mi Iglesia»? ¿Y por qué le dice al jefe: «Ellas son mi Iglesia»? ¿Qué es lo que le has comunicado, si ha llegado a usar esta expresión: «Mi Iglesia»?

Yo creo que se refiere al hecho de que ha visto un modo de tratarnos, entre alguna otra compañera que está cerca de ella y yo, y de tratarla a ella y de acogerla, de quererla y de sostenerla incluso cuando, en ciertos momentos, no es obvio hacerlo; por eso une un poco estas cosas que está viendo desde hace algunos años y lo denomina así. Ella es atea y está llena de curiosidad.

Es decir, reconoce la pertinencia de vuestra presencia a su humanidad. Al participar en vuestra Iglesia, en la Iglesia que llega a ella a través de vosotras, respira y se siente mejor. Tú dices que a veces no va todo bien, entonces, ¿qué buscas? Estás tan convencida de esta experiencia que cuando tienes necesidad buscas a los «santos» (entre comillas), es decir, aquellos en los que ves testimoniada una unidad de la vida en lo cotidiano. *Que es lo mismo que busca ella.*

Es lo mismo que busca ella: este horizonte de la catolicidad que tiene que ver con toda la persona. Y lo que sucede en la relación con una persona puede suceder cuando hablamos delante de todos.

El epígrafe de la catolicidad es de una claridad y concreción impresionantes. La comparación entre esas palabras y la vida concreta de todos los días ha hecho surgir en mí con más evidencia un juicio preciso sobre la situación actual que estamos viviendo. «Esencialmente la catolicidad no es cuestión de geografía ni de cifras. Si bien es verdad que debe desplegarse necesariamente en el espacio y manifestarse a los ojos de todos, no es sin embargo de naturaleza material, sino espiritual. Como la santidad, la catolicidad es un principio intrínseco a la Iglesia. La Iglesia, en cada hombre, se dirige a todo el hombre, comprendiendo toda su naturaleza. [...] Semejantes métodos de proponer el hecho cristiano [...] atestiguan la capacidad multiforme que tiene la experiencia cristiana para dirigirse al hombre como tal y no al exponente de esta o aquella civilización» (pp. 318, 321). Tu última intervención en el Corriere della Sera («Los soberanismos están condenados al fracaso. El cristiano ha de vencer el miedo», entrevista a cargo de Gian Guido Vecchi, 10 de enero de 2019) documenta este juicio. Esta universalidad es más conforme a mi corazón que otras visiones y posiciones. De hecho, pienso en el clima y en el miedo que se respira en la sociedad, en los lugares de trabajo, incluso entre nosotros, las dificultades para acoger al otro como tal, por lo que es: el juicio del «vivo quiere decir presente» contenido en este punto produce, si lo sigo, si lo dejo entrar en mí, un cambio de mentalidad, de acercamiento, de planteamiento, de juicio, genera un yo capaz de resistir el embate de las situaciones y de encontrar posibles soluciones que no dejen nada fuera, que no dejen fuera mi corazón y el de todos. Esta universalidad permite conocer lo que, en caso contrario, encerrado en mí mismo, no podría conocer. Empieza a crearse un clima distinto.

¿Qué has visto en esa entrevista que te ha hecho pensar en la catolicidad?

Que tú consideras el fenómeno de los migrantes...

Del que muchas veces nos defendemos, empezando a encerrarnos en nosotros mismos o creando muros, es decir, perdiendo en catolicidad.

Tú no lo consideras tanto como un fenómeno social, porque miras a la persona en cuanto tal, a la persona concreta. Y esta mirada se da sobre todas las cosas, sobre todas las personas en cuanto tales.

Si no es así, podemos estar aquí haciendo la Escuela de comunidad y después pensar como el resto de la gente que, vencida por el miedo, se cierra y pierde el horizonte de la catolicidad, levantando muros de todo tipo. No es que la Escuela de comunidad no tenga que ver con lo que estamos viviendo, con lo que está sucediendo en el mundo. El epígrafe sobre la catolicidad es el juicio más pertinente que podemos dar con respecto a una de las actitudes más difundidas la actualidad: la tentación de cerrar y de encerrarse. En cambio, nosotros tenemos la posibilidad de vivir una experiencia tan verdadera que no nos cierra, sino que nos abre. Por eso, preguntaba en la entrevista: ¿cuál es la contribución que puede ofrecer la Iglesia? Generar lugares que, en vez de cerrar, abran a la totalidad. Si un lugar como el nuestro no abre a la totalidad, si participando en la vida del movimiento nos encerramos y pensamos como muchos de nuestros vecinos o contemporáneos, al final la experiencia que vivimos no será capaz de darnos un horizonte universal, católico, y entonces empezaremos a defendernos de todos.

Exacto.

Por eso es tan fundamental también la cuarta y última característica de la Iglesia: la apostolicidad. ¿Qué dimensión debe tener este lugar para poder desafiar a cualquier momento histórico? Es lo que describe el término «apostolicidad»: una comunidad tiene «un punto de referencia autorizado» (p. 322) para afrontar unitariamente el tiempo, dice el texto. Solamente participar en una historia particular que tiene un punto de referencia histórico nos permite afrontar de forma totalmente original las circunstancias de todos, los desafíos de todos, con una mirada absolutamente universal, capaz de abrazar a todos. Este lugar, esta realidad humana, esta comunidad tiene un punto de referencia último que reside en Roma: el Papa, el obispo de Roma. La Iglesia ha identificado siempre a lo largo de la historia, como describe el texto, esa referencia autorizada con

un punto histórico. No es una decoración, no es un gorro que se pone sobre la experiencia de la Iglesia, porque sin este punto de referencia autorizada no existe posibilidad de acceso a la verdad. Es impresionante la audacia de Ireneo cuando declara: «No se debe buscar en otros la Verdad», y todo el que quiera puede «beber de ella la Vida» (p. 323). Esto sucede dentro de una historia particular que tiene un punto de referencia histórico. Por eso la Iglesia puede desafiar a cualquier momento de la historia. La historia cambia, los desafíos se presentan distintos, con rostros, con rasgos siempre nuevos, pero, ¿qué resiste con el tiempo?

En este epígrafe sobre la apostolicidad me ha impresionado que la dimensión histórica de la Iglesia es «es el milagro más grande de todos» porque «constituye la forma con que han entrado en el tejido de la historia aquellas palabras de Jesús: “En verdad, en verdad os digo: si uno guarda mi palabra jamás conocerá la muerte”» (p. 323). Hace algunos días se suicidó el hijo de unos amigos muy queridos, y esto ha hecho pedazos todos los pensamientos, los razonamientos, las palabras, todo, porque me preguntaba cómo se podía consolar a una madre, cómo se puede evitar tener un sentimiento de culpa. Haría falta que estuviera aquí Jesús en persona y te dijera: «Mujer, no llores», y te hiciera ver que Él vence a la muerte. Pero lo único que sé, y que he dicho y a mis hijos al hablar con ellos de esto, es que no soy capaz, y no quiero vivir sin tener en la mente este hecho que ha sucedido, sin preguntarme continuamente, no: «¿Por qué?», sino: «¿Por Quién vale la pena vivir?». Tú has dicho que «el cristianismo tiene el inconveniente de que necesita a los hombres para ser encontrable», y la pregunta que surgía con claridad también en mis hijos era: «¿Con quién?», no solo «¿por Quién?». ¿Con quién puedo tener al lado a Jesús, que me dice que no llore? ¿Dónde está esa realidad «que constituye la forma con que han entrado en el tejido de la historia aquellas palabras de Jesús: “En verdad te digo que si uno guarda mi palabra jamás conocerá la muerte”»? En realidad, el «con quién» lo sé perfectamente, sé quiénes son las personas que son signo y compañía del buen Dios. El problema es que mi fe, es decir, mi conciencia de lo que ellos son realmente, es decir, la presencia de Dios entre nosotros, es débil, y mi conciencia y el conocimiento de esta realidad tienen que crecer.

Por eso al principio he partido justamente de aquí, de la experiencia al comienzo de la Iglesia y de la necesidad de tomar conciencia de ella; y no porque no tengamos delante quien testimonie las características propias de la Iglesia católica, es decir, personas enraizadas ante nosotros en esta historia particular. Esta experiencia es una invitación a mi debilidad, para que se dé cuenta de lo que lleva, porque no es mecánico, y todo lo que sucede es ocasión para hacer crecer tal conciencia. Por tanto, se necesita un camino en el que uno pueda crecer, y cuando llegan ciertos momentos que constituyen verdaderamente un desafío que va más allá de lo cotidiano, estamos llamados con más fuerza a tener esta conciencia. Es el modo con el que Cristo nos acompaña. Lo hemos visto, lo tendremos siempre ante nosotros de ahora en adelante: nada desafió a don Giussani como el 68. Precisamente en ese momento, frente a aquel desafío, fue consciente de la esperanza que había en él, y nos invitó a dar el paso de una forma adolescente e infantil de vivir la fe a una forma madura (a no poner nuestra esperanza en algo que se nos dice, sino a descubrir la esperanza que hay en nosotros). Este es el paso de la madurez, que en este momento histórico –por todo lo que está pasando a nivel personal, por la historia particular que hemos vivido, por las circunstancias históricas– no podemos evitar. Los desafíos son demasiado grandes: o nosotros, como tú nos dices, los usamos para una conciencia mayor o nos vemos arrollados por todos estos hechos, y entonces nos encaminamos al mismo nihilismo de todos, hacia el escepticismo de todos. Por eso el signo que nos hace saber que estamos en relación con la Iglesia apostólica es que nos humaniza, que nos hace ser más nosotros mismos. Y el signo de que estoy ligado a esta comunidad que tiene su fundamento último en los apóstoles lo veo por el hecho de que ella se dirige a todo lo humano, a cualquier experiencia humana que tenga que afrontar. Pero esto hay que verificarlo en cada momento.

Ante todo, aunque he estudiado a Newman, nunca me había dado cuenta de esa definición de la catolicidad como algo que «se dirige a todo el hombre, comprendiendo toda su naturaleza» (p. 318), quizá porque solo ahora se está haciendo cada vez más profundo en mi experiencia este aspecto. Siempre he tenido la

percepción nítida, a partir del primer encuentro, de que puedo decir por fin «yo» como nunca lo había dicho. Pero, como decías al principio, con el tiempo he podido ver y sigo verificando Su mirada concreta en las circunstancias cotidianas, en los encuentros ordinarios, como algo que me vence cada vez y me vuelve a abrir. Pero la cosa es que me doy cuenta de que no es que Le busque para estar en paz conmigo misma, sino que Le busco y le suplico porque me falta todo cuando me falta Él; y cuando vuelvo a verle, solo esto me libera, me genera por completo y me hace estar en relación con la humanidad que encuentro. De hecho, lo que descubro es que realmente «esa dimensión esencial de la Iglesia [...] es pertinente al ser humano en todas sus variables expresiones» (p. 318). Pongo un ejemplo. El viernes pasado fui a la caritativa, como cada viernes, a la Estación Garibaldi, donde llevamos comida y ropa a los vagabundos que duermen allí. Pasamos la tarde con ellos. Hay italianos, chinos, sudamericanos, rumanos, africanos, árabes, lo que se dice una humanidad variada. Estas personas nos dicen cada vez más en momentos distintos: «Nos quedamos con vosotros y os esperamos porque vosotros no establecéis una distancia». Hay también otras realidades que llevan ayuda, pero ellos dicen: «Cuando venís es una fiesta. No nos traéis de comer –eso, de un modo u otro, lo podemos resolver–, sino que vosotros nos dais vuestra amistad». Un viernes, uno de aquellos con los que más relación tengo, respondiendo a una voluntaria que venía por primera vez y le preguntaba por qué se fiaba de nosotros y nos quería tanto, le dije con estas palabras: «La realidad es sencilla, tú puedes tener la mirada ofuscada por la vida y no darte cuenta de nada, pero, en un momento dado, si hay un único lirio en un campo, lo tienes que ver... ¡porque es demasiado bonito! Con ellos es así, no puedes dejar de reconocer que se dan a sí mismos, y esto me abre y hace que me entren ganas de darme también yo». Pues bien, esa misma persona, el viernes pasado me regaló una piedra que había encontrado en la orilla de un lago (había ido fuera de Milán a buscar trabajo, ¡lo intenta!). En un lado había escrito en portugués: «El amigo es eso que hay que custodiar en el lado izquierdo del pecho». Al otro lado, el dibujo de mi cara con una cruz en el cuello. Yo no llevo cruces en el cuello, y por eso le pregunté cómo es que me había pintado así. Él me dijo con naturalidad: «No sé, me ha salido de forma espontánea, no lo he pensado... Es que tu amistad me hace pensar en Dios». Esta respuesta me hizo temblar, porque no podría ser tan amiga de ese hombre –esto me resulta evidente– si no experimentase continuamente que Cristo mira, ama y salva toda mi humanidad. Solo esto me permite mirar a ese hombre, desde el primer instante en que le conocí, como un don precioso, tal como es, sin pretender que cambie de vida, sin querer nada de él y sorprendiéndome muchas veces, al estar con él, al volver a sentir vibrar en mí lo que Cristo me dice, a través de toda la vida: «Quiero que tú existas. Precisamente tú». Y es increíble pero verdad lo que dice don Giussani cuando afirma que: «porque existe este Cristo, ya no hay ningún hombre que no me interese» (¿Se puede vivir así?, Encuentro, Madrid 1996, p. 246). Hasta tal punto que cuando supe de la noticia del atentado en Nueva Zelanda, me quedé aterrorizada y me sentí herida, porque me doy cuenta de que sin un encuentro histórico, sin Él, que desvela y defiende todas las dimensiones de mi humanidad, para mí, el aspecto último el corazón del otro, al final de todo, se quedaría como algo extraño al aspecto último de mi corazón. Por último, me gustaría decir que en la Escuela anterior nos dejaste una pregunta para la Cuaresma: «¿Estoy siguiendo a Jesús dentro de la historia con la que se me ha presentado? ¿En qué signos veo que Le estoy siguiendo?». Te doy las gracias, porque desde ese día estoy viviendo la necesidad de detenerme a mirar la realidad, de juzgar mi experiencia teniendo en el rabillo del ojo esta pregunta, y aunque solo sea lo que te he contado, en su excepcional normalidad, es para mí un signo patente del origen de la historia particular de Jesús conmigo y de la fascinación del carisma.

Es decir, de esa historia particular que nos ha alcanzado y que hunde sus raíces en aquella apostolicidad de la que formamos parte. Por eso, participar de este lugar, que tiene estas dimensiones, nos abre constantemente a la unidad de nuestro yo, como hemos visto profundizando en la característica de la «unidad» de la Iglesia, y nos abre a la totalidad al participar de esta «apostolicidad». ¡Qué gracia poder tener un lugar que nos genera así, que genera personas que poseen todas las dimensiones de lo humano como experiencia, sencillamente por el hecho de estar a remojo dentro del lugar que Cristo ha generado y sigue generando a través del espíritu de un carisma como el nuestro, que nos alcanza ahora! Basta con que estemos disponibles, como hemos escuchado esta noche, para dejarnos generar así.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 22 de mayo a las 21 horas.

En este periodo trabajaremos sobre el tercer capítulo titulado *Eres fuente viva de esperanza* y sobre la conclusión *Al terminar el curso básico* (pp. 325-330). Retomaremos también la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad.

Este año el Cartel de Pascua tiene como imagen *Cristo y los apóstoles*, un detalle de los frescos de la iglesia de Santa Margarita (Laggio di Cadore, Belluno). Y esta es la frase de Giussani que hemos elegido: «La gente que le seguía, los discípulos que iban tras Él, eran unos pobrecillos como tú y como yo, pero toda la novedad de su esperanza, la certeza absolutamente nueva que tenían, la realidad nueva que eran nacía de esa Presencia. Que esa Presencia siga siendo contemporánea para mí, para los hijos, para los que vendrán después, dentro de cien millones de años: esta es la victoria que vence al mundo, esta es la novedad absoluta, ¡esto es lo divino en la historia! Yo sigo siendo el pobre hombre que soy, pero con Cristo tengo certeza, soy rico. Que exista esta Presencia hace posible la fascinación por mi propia persona, es decir, la posibilidad de amar mi persona. En efecto, uno se ama a sí mismo solo en Su compañía. El afecto por uno mismo lo expresa solo quien lleva este mensaje; amor a uno mismo y, por tanto, amor a los demás».

Lo tenéis también en versión vídeo, en la web y en los canales sociales de CL. Es otra forma para poder difundirlo y compartirlo con amigos y conocidos.

Huellas. El número de marzo tiene como tema del Primer Plano la política, con vistas a las elecciones europeas y las administrativas que tendrán lugar en los próximos meses en algunas zonas del país. Lo que nos interesa compartir es que se puede vivir todo, y por tanto también la política, como ocasión para descubrir la originalidad que supone la fe para la vida, los frutos que nos indican el árbol. También en este caso, *Huellas* nos ayuda a ensanchar la mirada para no ser esclavos de la mentalidad dominante.

El libro del mes para abril y mayo es la novela *Cartas de Nicodemo*, de Jan Dobraczynski (Ed. Herder).

Me contaba ayer un amigo que lo que más le había impresionado de esta novela es el motivo por el que Nicodemo busca a Jesús, que es la enfermedad de su mujer. Muchas veces nos inclinamos a pensar que las cosas que nos suceden son un obstáculo, y sin embargo la herida no es el final, sino la posibilidad de percibir la verdad. Me parece pertinente a muchas situaciones humanas en las que nos encontramos.

Ejercicios espirituales de la Fraternidad. El gesto de los Ejercicios comienza con la cena del viernes. Para la llegada, os pido que tengáis en cuenta una hora de salida adecuada teniendo presente el tráfico. El gesto está hecho también de silencio, de canto, de oración y de atención al otro. Por ello, dispongámonos a vivirlo en su totalidad para que resulte incisivo en nuestra vida.

Veni Sancte Spritus

¡Buenas noches a todos!